

15 de Marzo de 1907. Año IV. N.° 78.

Redacción y Administración: Florida, 14, 3.° izquierda. Apartado en Correos núm. 336.

Importante servicio realizado por Carabineros



Los más obscurecidos trabajos de cuantos servidores tiene el Estado son, seguramente, los que presta el Cuerpo de Carabineros. Penosos é importantes son cual pocos, y por razón de los lugares en que se realizan, circunstancias en que se verifican generalmente, y por la ineducación de nuestra masa social, á la que, mejor que á ninguna otra, cuadra la afirmación del gran pensador diciendo que *casi todo el mundo es vulgo*, y con su ignorancia ingénita, y hasta con la adquirida, porque á tanto equivale la educación torcida, da siempre por fruto el que se vea la misión represora del resguardo militar de nuestra Hacienda hasta con antipatía, para decirlo de una vez.

Museo Criminal se propone hacer ostensible al público, en general, todo lo bueno que encierra el sufrido Instituto, á cuyo fin no escatimará medio.

El unido grabado representa un importante servicio realizado por el primer teniente D. Adolfo Millán y un carabinero de Caballería, D. José Pérez Fernández.

Secundando las iniciativas del jefe de la Comandancia de Valencia, Sr. Martín Alcoba, y tras de penosos esfuerzos, y venciendo, á fuerza de astucia y actividad, los mil obstáculos siempre anexos á esta clase de servicios, lograron dar con un convoy de tabaco de contrabando, á cosa de dos kilómetros de Sagunto.

El conjunto de lo aprehendido es 3.180 kilogramos de tabaco de contrabando, cuatro carros y seis caballerías, lo que, en unión de los reos, fué conducido, sin otro incidente, á Valencia.

De muchos recursos disponen los contrabandistas de la región, no siendo el de menor importancia el del cuantioso dinero; pero ejemplaridades como la presente darán al traste con empresas de fines reprobados.

Nosotros felicitamos al jefe de la Comandancia, así como al personal de ella, singularmente á los aprehensores. El alto concepto que el general Ochando tiene de la fuerza á sus órdenes se acentúa de día en día con los muchos hechos de esta índole que va registrando; el Sr. Osma participa de las mismas impresiones; á estos dos señores nos permitimos rogarles que, consecuentes con tal pensar, no escatimen medio de dar recursos de orden material y moral, de que no son pródigos, ni el Estado en cuanto á los primeros, ni los reglamentos por que se rige el Instituto respecto á los segundos, y procediendo así, el primero y más beneficiado será el Erario, por el que todos debemos velar.

Extraordinarias aventuras de un ladrón de alto copete

Abraza de nuevo al profesor, mientras que Arsenio dice dirigiéndose hacia la ventana:

—El bueno de Ganimard seguirá ahí ¡Cuánto daría el pobre por presenciar esta escena!... Pero... no hay nadie... ¡Diablo!.., debe estar en la puerta cochera, en la portería y hasta en la misma escalera.

A M. Gerbois se le escapa un brusco movimiento. Aunque su hija trata de detenerle, instintivamente y sin darse cuenta avanza unos pasos; pero en el camino es detenido por Lupin, que le dice:

—¿A dónde va usted, señor Gerbois? ¿A defenderme contra ellos? ¡Bah! no tenga usted cuidado, son poco para mí. En resumidas cuentas, ¿qué es lo que saben? Que usted y su hija están aquí, puesto que la habrán visto venir con una dama desconocida. Pero en cuanto á mí... no pueden suponer que esté yo en una casa que tienen vigilada desde esta mañana, puesto que no me han visto entrar. Sin duda supondrán que esta señora ha sido encargada por mí de proceder á efectuar el cambio, y en este caso tratarán de detenerla á la salida...

El timbre suena repetidas veces.

Con una mirada terrible Lupin inmoviliza á M. Gerbois, y dice con tono imperioso:

—Quieto en su sitio, señor Gerbois; piense en su hija y sea razonable... En cuanto á usted, señor Detinan, recuerde su palabra.

Sin la menor emoción, coge su sombrero, abre suavemente la puerta del salón y dirigiéndose á la dama rubia, la dice:

—Venga usted, querida amiga.

Y salen.

De nuevo suena el timbre acompañado de grandes golpes en la puerta. M. Gerbois se decide, y corre al vestíbulo. Arsenio Lupin y la dama rubia ya no estaban allí. Abre la puerta y se presenta Ganimard.

—Esa dama,. ¿dónde está? ¿Y Lupin?

—Por aquí deben estar...

Ganimard deja escapar una exclamación de alegría.

—Ya le tenemos .. La casa está bien guardada.

M. Detinan objeta:

—¿Y la escalera de servicio?

—La escalera de servicio desemboca en el corredor y éste no tiene más que una salida: la puerta grande, y diez hombres la guardan.

—Pero, si él no ha entrado por la puerta grande, tampoco se irá por ella...

—Entonces, ¿por dónde? — replica Ganimard. — ¿Por los aires?

Por un largo corredor Ganimard llega hasta la cocina, y allí observa que la puerta de la escalera de servicio estaba cerrada con llave. Se asoma á la ventana y pregunta á uno de sus agentes, el que le contesta que no ocurre novedad.

—En ese caso, están aquí dentro... Se habrán escondido en una de las habitaciones .. Es materialmente imposible que se hayan escapado... ¡Ah, querido Lupin! esta vez me tomo bien la revancha.

La historia del diamante azul.

A las siete de la tarde, M. Dudonis, jefe de la Seguridad, extrañado de no tener noticias, se presenta en la calle de Chapeyron. Pregunta á los agentes que guardan las puertas, y sube á casa de M. Detinan, quien le conduce al salón. Allí percibe un hombre tendido sobre la alfombra y con la cabeza y parte del cuerpo dentro de la chimenea.

M. Dudonis dice sonriendo:

—Amigo Ganimard, ¿está usted aprendiendo el oficio de fumista?

El inspector saca la cabeza de la chimenea. Tiene el rostro ennegrecido, la ropa cubierta de hollín y sus ojos brillan como si estuviera poseído de una fiebre ardiente.

—Le estoy buscando—gruñe.

—¿A quién?

—A Lupin y á su amiga.

—Pero ¿se imagina usted que han de estar metidos en los tubos de la chimenea?

Ganimard se levanta, aplica sobre el hombro de su jefe su mano cubierta de carbón, y dice sordamente:

—¿Dónde están, si no? Es preciso que hayan salido por alguna parte. La casa está rodeada de agentes.

—¿Y la casa de al lado?

—No tiene ninguna comunicación con ésta.

—¿Y los demás pisos de esta casa?

—Conozco á todos, y no han visto á nadie. Además, para mayores precauciones, he dejado un agente en cada habitación.

—Es preciso echarse sobre ellos.

—Eso es lo que quiero, mi jefe. Es preciso, y se hará, porque ellos tienen que estar aquí. Si no es hoy, será mañana. Yo los cogeré.

Sobre la pista de un crimen.

Transcurrieron tres días con sus noches, sin que el pobre Ganimard, no solamente no encontrase al invisible Arsenio Lupin y su no menos invisible amiga, sino que tampoco halló el mas mínimo indicio referente á ellos. Su opinión continuaba siendo la misma: allí debían estar, puesto que no habían salido, y era imposible que un hombre y una mujer se desvanezcan como los genios en los cuentos de niños.

Transcurridos varios días, al llegar á la prefectura de Policía se encontró á su jefe, que subía en un coche, y le llamaba.

—Deprisa, Gaminard; no perdamos tiempo. Déjese ya de su Lupin y su dama rubia, y trabajemos por otro lado. Cochero, avenida Henri Martin, núm. 134.

Llegaron al hotel del barón de Hautois, que había sido asesinado la noche anterior. El juez de instrucción trataba de reconstituir la escena del crimen. Contrariamente á las costumbres de un buen policía, Ganimard permanecía distraído. Su espíritu, siempre con la pesadilla constante de Arsenio, no se fijaba en nada. Sin embargo, al posar sus ojos sobre una mesa donde se hallaban las piezas de convicción, una de ellas hirió su vista. Era un puñado de cabellos, de cabellos rubios, pero de un rubio solamente comparable con el oro. Pregunta á uno de sus colegas:

—¿Dónde se ha encontrado esto?

—En la mano del muerto.

—¿En la mano del muerto estos cabellos de mujer? Entonces, esa mujer es la que lo ha matado.

—Sí, la señorita de compañía que tenía el barón, la lectora.

—¿Ha sido presa?

—No; ha desaparecido y no se sabe por dónde.

—Es preciso averiguarlo en seguida — exclama Ganimard muy emocionado.

Y sus ojos se abren extraordinariamente para mirar por todas partes; con el oído atento, no desperdicia palabra, y se propone trabajar el asunto por su cuenta.

Donde se trata de un diamante azul, de un estilete de acero y de unos cabellos rubios como el oro.

Este crimen, no olvidado todavía, puesto que es reciente, es uno de los dramas más misteriosos de nuestra época. Copiemos lo que dicen los periódicos:

«El general barón de Hautois, embajador de Berlín, ha sido asesinado la noche pasada en el hotel en que habitaba desde la muerte de su hermano y que le había sido legado por éste, en el número 134 de la avenida de Henri Martin.

»Achacoso por su avanzada edad y por sus enfermedades, vivía en el retraimiento más absoluto, bajo la custodia de una religiosa, la hermana Augusta, y de una señorita de compañía, Mlle. B..., encargada más especialmente de hacerle la lectura.

»Según declaración del criado, á las diez, hora en que fué á recibir las órdenes del barón, Mlle. B... leía en alta voz. Serían las doce, y ya conciliaba el sueño, cuando empezó á sonar el timbre que comunicaba su alcoba con la de su señor. Desciende rápidamente, y al entrar en la habitación se encontró **en el suelo, en medio de un charco de sangre, el cadáver del barón.**

»Advertido el cochero, fué á dar aviso á la Comisaría del distrito. Una sola herida, en el cuello, le había ocasionado la muerte, antes de la cual debió entablarse una lucha terrible, como lo demostraba el desorden de la habitación, las sillas tiradas por el suelo, un qui qué hecho pedazos y el rostro del barón, que conservaba una expresión indecible de horror. En uno de sus crispados puños encerraba un mechón de cabellos de mujer, rubios como hilos de oro. Detrás de él se encontraba un estilete de acero, todo manchado de sangre, y que hacía comprender claramente que era el instrumento con que se había cometido el crimen.

»En cuanto al autor, tampoco cabía duda, pues el estilete pertenecía á Mlle B..., que lo utilizaba para cortar las páginas y señalar en los libros, además de sus cabellos, que parecían ser de los que se encontraron entre la mano del barón. Los móviles del crimen eran más obscuros. El portamonedas no había sido tocado. Sin embargo, se contaba, referente al barón, una historia de un diamante azul, magnífico diamante de la corona real de Francia, dado por S. A. R. el príncipe de X. á Mme H..., y que á la muerte de ésta lo había adquirido el barón en memoria á esta célebre *demi-mondaine*, que él había admirado con tanto apasionamiento. ¿No parecía ser ésta la clave del enigma? Si el diamante no parecía, ¿no induciría á creer que éste había sido el móvil?»

Hasta aquí un extracto de las noticias de los diarios de la mañana; veamos lo que nos dicen los de la tarde:

«El enigma se complica. Tres puntos principales desconciertan á la Policía. ¿Cuál es el motivo del crimen? Contrariamente á lo que se había dicho, *el diamante azul no ha sido robado*. Estaba y está todavía en el dedo índice del barón de Hautois. Pero Antonia Bréhat—éste es el nombre de la señorita de compañía—debía conocer la existencia de esta sortija. ¿Por qué no la ha tomado? Cabe suponer que al ver al barón apoyarse sobre el timbre, no pensara más que en fugarse y se olvidara del diamante azul.

»Esta versión no es probable, porque desde que sonó el timbre hasta que penetró el criado en la habitación transcurrieron tres minutos. En este momento el barón yacía inanimado y lejos del timbre. Entonces, era preciso, ó que el barón llamase *durante* la lucha, lo que no es posible, puesto que la señal fué larga y sin interrupción, ó bien que haya llamado *antes*, lo que también es imposible, puesto que la lucha, el asesinato, la agonía y la fuga no han podido desarrollarse en el corto espacio de tres minutos.

»Por consecuencia, la única que pudo llamar fué Antonia Bréhat. Pero entonces, ¿qué la había impedido tomar la joya antes de hacerlo? Y ¿por qué había llamado? Este era el segundo punto que desconcertaba á la Policía.

»Finalmente, ¿por dónde se había fugado? El cochero declara que para ir á avisar al comisario tuvo necesidad de quitar la barra y la cadena de seguridad que atravesaba de un lado á otro la puerta, y que permanecía con su candado y llave echada. Además, en la arena mojada del jardincito no se notó la menor huella de pasos. Lo único que había cierto era que la autora había sido Antonia Bréhat. ¿Quién era esa mujer? Tampoco se sabía. Doce días antes se presentó á la hermana Augusta, quien, sin pedir informes de ninguna clase, la admitió al servicio del barón.

»En la habitación que ocupaba se encontraron algunas ropas marcadas con las iniciales A. B., muchas novelas francesas, inglesas, alemanas y españolas, pero ninguna carta ni documento.»

Tal es, brevemente contado, el crimen de la calle de Henri Martin.

Perro anti-policía



No todo ha de ser alabanzas para los nobles perros, cuyas funciones de auxiliares de la Policía hemos señalado alguna vez; como no les escatimamos el aplauso, es justo que sufran también las censuras á que su torpeza, desconocimiento ó impericia les haga acreedores.

Hace pocas noches, madame Riault pasaba por la calle de Lincoln, en dirección á su domicilio, cuando un individuo, surgiendo rápidamente de entre las sombras, se lanzó sobre ella, y con admirable agilidad le arrebató el bolsillo que llevaba en la mano.

Sorprendida, no pudo lanzar un grito; pero un agente de la Policía, Mr. Beringer, había observado vagamente la escena, y viendo huir al individuo con la mayor rapidez, se lanzó en su persecución. Los dos hombres desaparecieron bien pronto; el agente ganaba velozmente el terreno, y ya iba á apoderarse del ladrón, cuando algo inesperado le obligó á detener la marcha.

Turco, el célebre perro *Turco*, montaba la guardia cerca de una empalizada de cierta casa en construcción; tumulto de tal naturaleza le había exasperado, y estimó de su deber saltar sobre el primero que se pusiera al alcance de sus dientes.

Y éste fué, ¡oh desdicha!, el agente. *Turco* le cogió fuertemente por la pierna, pero como las polainas de cuero le parecieron demasiado duras, el noble can dirigió sus miradas y sus colmillos más arriba, y con plena conciencia de realizar un acto digno, justo y previsor, clavó los últimos en las carnosas posaderas del representante de la ley.

Tan concienzudamente lo hizo, que le fué imposible, no ya seguir la carrera, pero ni dar un paso más, ni lo dará en algún tiempo, mientras el hospital le retenga para curarle. En tanto, el ladrón ganó bonitamente el espacio bastante para ponerse á cubierto de la persecución, y... hasta la vista.

Tal es la gracia del noble *Turco*.

¡Decían que los yanquis, en asuntos de honor y en punto á facilidades matrimoniales, tenían sus especiales opiniones! ¡Vaya si las tienen!

Miss Viola Strother, perteneciente á una de las más aristocráticas familias de Virginia, era prometida de Mr. M. Bywaters, de familia aristocrática también y amiga de la anterior. La de la novia observó que ésta se hallaba en cinta, y esto bastó para que sus dos hermanos juraran vengarse.

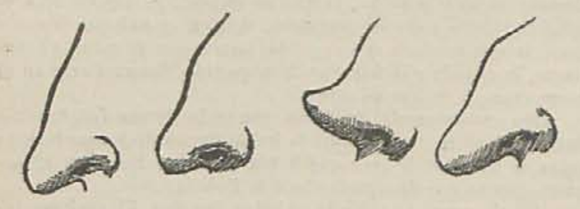
Apoderándose del novio en ocasión propicia, hiciéronle casarse en el cuarto de la hermana, bajo el cañón del revólver de sus resueltos cuñados; y cuando el recién casado, aprovechando un descuido, quiso escaparse por una ventana, sus cariñosos parientes le alojaron tres balas en la cabeza, que le dejaron seco.

Seguidamente se constituyeron en prisión, declarando que habían obrado así según su conciencia, y para salvar el honor de la familia.

Fisionomonía.

La nariz.

Puede decirse que las cuatro formas de ella que aparecen en este dibujo establecen, en términos generales, los caracte-



res especiales de la nariz. Claro es que no puede pretenderse que hayan de ser ya de una ya de otra de las aquí marcadas; pero sirven de punto de origen en cada una.

La nariz larga, ancha, bien abierta y modelada, acusa valor, bondad, espíritu amoroso, quizá excesivo. La grande, fortaleza; la puntiaguda, pequeñez de miras; la pequeña, falsía; la *remangada*, lascivia; la vuelta hacia dentro, crueldad y avaricia. Aunque el tener la nariz roja no supone indefectiblemente el vicio de la embriaguez, es un dato muy acusador y casi seguro.

También lo es de corrupción si al tocar el extremo de la nariz con el dedo, se divide en dos el cartílago. El órgano de que tratamos ejerce en la fisonomía una influencia de la que nadie se da cuenta.

La boca.

Cuando es grande, significa ánimo, valor; pequeña, modestia y miedo; abierta, embuste.

Los labios.

Si el superior domina al inferior, hay maldad, estupidez; y en el caso contrario, dominio de sí mismo; cuando este labio está pendiente, significa degeneración; labios pequeños y seguidos, elocuencia; delgados, malicia; gruesos, sensualidad.

El Japón moderno.

Seis veces asesino por amor.

Un drama pasional, espeluznante, acaba de emocionar al Japón entero. Un estudiante de Tokío, llamado Osaburo Takebayaski, habiendo encontrado á una joven muy bonita, se encaprichó de ella locamente.

Al poco tiempo pudo averiguar que se llamaba Soyé Nogouchi, pero que no podía corresponder á su amor, por una razón imposible de revelar.

Este misterio inflamó el corazón de Osaburo, que esperaba todas las tardes á Soyé para declararla su pasión y hacer proyectos para un dichoso porvenir. En vista de tanta constancia, Soyé acabó por ceder á las apremiantes solicitudes de Osaburo.

Pasados unos días y por referencias de los vecinos, pudo enterarse del terrible secreto de Soyé: su familia estaba atacada de la lepra. ¡El padre, la madre, los hermanos, los tíos. . todos leprosos, á excepción de Soyé! Pero el mal no tardó en llevar sobre ella su temible signo, la garganta de Soyé aparecía ya con marcas blancas; dentro de nada ella también sería leprosa...

Osaburo siente el ardor salvaje de su amor, su cerebro concibe los más extraordinarios inventos para arrancar á su prometida del asqueroso mal que empezaba á hacer presa en ella. Corre Osaburo á una farmacia y á peso de oro obtiene una droga de la que el farmacéutico certifica la eficacia.

Sin embargo, Soyé no cura; por el contrario, su mal aumenta; y ¿para eso había pagado Osaburo una suma tan enorme? Para procurársela había vendido sus libros, sus prendas, sus ricas porcelanas. Ya no poseía nada. Furioso se dirige á la farmacia, corta la cabeza al farmacéutico y arroja el cadáver en un rincón. Después escribe á su familia pidiendo dinero, pero sin resultado alguno.

Osaburo tenía unos tíos de los que debía heredar, se va á verlos y bajo pretexto de que probaran un manjar delicado, los envenena con una substancia sutil, que al producir la muerte dejaba bien claro los síntomas de una apoplegía fulminante. Por fin hereda y con este dinero se va á otra farmacia en busca de otro remedio para su amada. Este otro farmacéutico le aconseja haga comer á la enferma carne fresca de un niño lleno de salud. Osaburo asesina al hijo de su portero y hace comer su carne á Soyé, la cual ignora el origen de tan repugnante comida.

Tampoco surtió efecto este remedio. Osaburo se obstina y piensa: «Puesto que sus parientes son los que la comunican el mal, si los mato dejarán de comunicárselo.»

Se dirige á casa de Soyé, y á su presencia mata á su hermano y á su madre. Después, espantado de su salvaje crimen y maldito por su amada, se aleja de Tokío; pero la Policía le ha alcanzado y Osaburo ha ingresado en la cárcel.

Diez días cerca de una muerta.

En Marseillan, Germana Estagne, de setenta años, había dejado de verse; pero su ausencia no inquietó, pues la anciana hacía algunos viajes con frecuencia.

Una hija suya, que vivía en un pueblo cercano, llegó para abrazar á un hijo suyo, que habitaba con la abuela. Hallando la puerta cerrada y la llave al interior, presintió alguna desgracia, y, al efecto, llamó á los vecinos, que, acudiendo presurosos, encontraron al penetrar en la habitación á la pobre anciana muerta, en estado de descomposición, y á su lado, en la misma cama, al pobre niño, de seis años.

El reconocimiento médico ha demostrado que la muerte debió ocurrir diez días antes; el muchacho ha vivido, durante ellos, en la obscuridad más absoluta, con el cadáver siempre, sin experimentar el menor temor y sin llamar. Creyendo dormida á su abuelita, se levantaba, comía y volvía á acostarse



por la noche al lado de la muerta, y continuó así hasta dar fin á las provisiones, consistentes en pan, chocolate y dulces.

Cuatro días llevaba ya sin comer nada; su estado de debilidad era extremado, y su bondad se aprecia seguidamente, considerando que el niño, cuya inteligencia es extraordinaria, soportó esta clase de vida porque *no quería despertar á la abuelita*.

La bestia humana.

Anarquista en acción.—Cómo son los futuros regeneradores.

Si el hecho que vamos á relatar hubiera sido cometido por delincuentes vulgares, por esos desventurados individuos que obran, más que por propia perversidad, por los impulsos del vino, de la pasión ó del mal consejo, para nada lo traeríamos á nuestras columnas. Crimen corriente, ninguna diferencia apreciable tendría respecto de los demás que á cada paso lamentamos; la importancia se la da la condición de los ejecutores del mismo, los cuales pertenecen á esa asociación que se atribuye el título de regeneradores y quieren presentarse ante el mundo como representantes de la justicia y de la moral humanas.

Este crimen nos proporciona la ocasión de conocer á esos pretendidos salvadores, y esta Revista no puede dejar de utilizar tan expresivo, documento, en bien de la enseñanza que desea para sus lectores.

***

Por un motivo fútil, por la diferencia de unas escasas pesetas en la rendición de ciertas cuentas, M. Durand, patrono, y Bertet, obrero, se incomodaron, y este último fué despedido; al marchar ofreció vengarse, y ni tardo ni perezoso, á los pocos días apareció acompañado de Louvier, obrero como él, para llevar á cabo su promesa.

No se hallaba en la casa M. Durand, pero sí los encargados de vigilarla, una anciana mujer y su nieto, un muchacho tan débil de cuerpo como fuerte de corazón. Al verlos llegar, Gustavito, que con este nombre le designaban, aprestase á la defensa; conociendo la intención, se apodera de una escopeta; pero antes de poder utilizarla recibe tan horrible herida de Louvier, que le secciona el estómago y el vientre. A pesar de ella, tuvo ánimo para disparar un tiro, que alcanzó el hombro izquierdo de su agresor.

—Socorro, véngame—dijo éste dirigiéndose á su compañero y salió huyendo cobardemente hasta el pie de la escalera, en la que se dejó caer.

Bertet penetró en el recibimiento de la casa; empeñó una larga lucha con Gustavo y por último se apoderó de la escopeta que éste tenía. Loco de rabia, precipitóse en el interior para buscar á la abuela; una vez hallada en su cuarto, disparó sobre ella á bocajarro, después de lo cual huyó, pisoteando en su precipitada marcha al compañero mal herido. Los disparos atrajeron al vecindario; los que acudieron, todavía alcanzaron á ver al joven defensor, presa de sufrimientos espantosos, teniendo en sus manos los intestinos que se le escapaban de aquella herida extensísima: por un signo suyo, entraron en la casa y en la cocina presenciaron el cadáver de la pobre anciana, la cual, sin duda por instinto maternal, oyendo los gemidos de su nieto, había ido en su auxilio hasta donde la sorprendió la muerte.

La del valeroso jóven fué cosa de minutos, y detenido Bertet se le confrontó con los cadáveres, en cuyo acto dió pruebas de un ingenio incomprensible: «Reconozco haber cometido esta doble muerte, dijo, me glorio y me honro en ello; no tengo más que un sentimiento: el de no haber podido matar á M. Durand, como era mi intención más fuerte y decidida.»

Al relatar el drama, sólo interrumpía su explicación para decir de cuando en cuando, dirigiéndose á los cadáveres y amenazándolos con el puño:

—¡Ah! no sé qué me detiene; yo os sacaría las entrañas...

Louvier murió también á las cuarenta y ocho horas. Aunque al principio negó su participación en el crimen concluyó por confesarla. La vista de la causa acaba de celebrarse. En el momento en que M. Durand hace su presentación ante el llamamiento del presidente del Tribunal, Bertet se yergue vivamente y trata de precipitarse sobre el testigo; tiene ya la mitad del cuerpo fuera del banco, cuando los cuatro gendarmes que le vigilaban le detienen á tiempo. Su fisonomía es horrible, los ojos se le ponen sanguinolentos; la cara, amoratada, congestionada por la ira, se deforma espantosamente, la espuma acude á sus labios; grita, ruge, se agita en espasmos furiosos, y entre injurias, blasfemias y sonidos inarticulados é ininteligibles, se le oye:

—Es él, él y sólo él, el verdadero criminal. Si pudiera yo disponer de diez minutos, me le comía.

Ya en relativa calma, confesó que no entraba en sus cálculos matar á la anciana y su nieto; pero afirmó con energía que tenía la intención de hacer desaparecer á Durand y que con sólo cinco minutos *que le concedieran*, allí, á presencia del Tribunal, le mataría *cuarenta mil veces*. Dijo también que desde su infancia había mantenido con Louvier relaciones *unisexuales*, y que éste, propagandista del anarquismo, le había hecho adoptar por divisa «*Ni Dios ni amo*», terminando por demandar á los jueces, con voz fuerte y sentida, que le condenasen á muerte.

Como el abogado tratase de obtener un examen mental, comprendiendo su cliente el objeto, replicó:

—No, no estoy loco. Es mi abogado quien lo dice para salvarme. Tengo la integridad intelectual bastante para conocerlo y para desear partir las entrañas á ese *canalla* y *miserable* Durand que me escucha.

***

Y así concluyó la emocionante sesión, que tuvo la virtud de impresionar á cuantos la presenciaron, lamentando todos que estas fieras de la humanidad queden sin el debido castigo, porque el Gobierno francés ha caído en la gracia, no de suprimir la pena de muerte, pero ha suprimido el verdugo... que para el caso es igual.

Los griegos consideraban á la mujer como criatura inferior, útil tan sólo para cuidar la casa y propagar la especie. Si daba á luz un hijo contrahecho, el marido se desprendía de ella. «Cuando era fecunda—dice un autor—, podían pedírsela prestada al marido, á fin de dar al Estado hijos de otro linaje».

El Digesto de las leyes hindus dice: «El destino fatal, el viento, la muerte, las regiones infernales, el veneno, las serpientes venenosas y el fuego abrasador no son peores que la mujer».

Los romanos tenían poder absoluto sobre sus mujeres, pues eran como esclavas que no hacían número en la sociedad ni podían tener otro juez que su marido, quien poseía sobre ellas derecho de vida y muerte.

Para dar idea de la fe que á los antiguos inspiraban las mujeres, copiaremos lo que Manu, gran legislador indio, dijo dos mil años antes de Mahoma: «Se reputará adúltera á toda mujer que haya estado sola con un hombre el tiempo que basta para cocer un huevo.»



Un movimiento de los labios, casi imperceptible, fué la única respuesta de la hija del gobernador.

—¡Dolores!—prosiguió el dominico—; vos no podéis comprender cuán dura y penosa es la tarea que Dios nos ha impuesto de gobernar á los hombres y de conducirlos al camino recto. Muchas veces nuestro mismo celo nos atrae el odio y la cólera de los herejes, y nuestra recompensa aquí abajo es llevar una pesada cruz. Pero —prosiguió con tono penetrante é hipócrita— Dios, en su bondad, nos reserva de vez en cuando consuelos inesperados. Hay almas elegidas, la vuestra, por ejemplo, á las cuales nos es permitido conceder, no sólo un afecto espiritual, sino también aquella parte de amor terrestre que, sin ofender la celosa majestad de Dios, al contrario, la honra y la glorifica en su criatura. Estas almas elegidas son las que nos conviene especialmente arrancar del error, pues son hechas para servir de ejemplo á las demás; y siendo los medios dulzura, ternura y persuasión los más seguros para lograr este objeto, nuestra alma se consagra entera por un ardiente amor á esta gloriosa conquista. He aquí por qué yo os amo, Dolores, por qué quisiera comunicaros esta profunda ternura de que está lleno mi corazón.

Pedro Arbués hablaba con unción, con un calor convincente, y la cándida joven, no pudiendo comprender una perversidad tan profunda, dudó un momento de si se había precipitado en condenar á ese hombre.

—¿Sería posible—pensó—que no tuviese otra mira que los intereses de la religión? Aun cuando sea así, el engañarse es honroso.

Cesó de contemplar al inquisidor con desprecio; y mirándole con sus hermosos ojos, nobles y cándidos, le dijo:

—Monseñor: os creo, os creo; ¿qué interés tendríais en engañar á una pobre muchacha que ningún daño os ha hecho? ¡Pues bien! si pensais que estoy en error, instruidme, monseñor, seré dócil, porque no deseo más que conocer la verdad. Quiero practicar con amor la doctrina de nuestro divino Salvador. Si me he separado de esta vía, conducidme por el buen camino, y os prometo seguiros; pero libertad á mi padre y volvedme á su ternura.

—¡Dolores! —exclamó el inquisidor triunfante,— ¡mi bella Dolores! me gusta verte así dócil y hechicera; sí, te volveré tu padre, te pondré en libertad ¡Oh! ¿qué mujer será más feliz y más amada que tú? Yo dedicaré á tí todos mis afectos.

Hablando así, el fraile impúdico se había levantado; sus grandes ojos sombríos, fijos en la joven, brillaban con un esplendor deslumbrante.

Alarmada por un secreto instinto de pudor, Dolores se había dejado deslizar de la cama y apoyaba los pies en el suelo.

El inquisidor no hablaba, pero su pecho hinchado de deseos, lanzaba una respiración ardiente y rápida; sólo el noble candor de esta joven contenía el torrente de pasión desenfrenada. Dentro de su pecho se libraba un combate atroz.

Permaneció algunos segundos en pie horrorizado, no atreviéndose á cometer un nuevo crimen. Su imaginación extraviada vió pasar y repasar como un sueño todas las víctimas que había sacrificado; estaban delante de él, gesticulando como espectros, lanzando gritos y aullidos, en que la palabra ¡venganza! ¡venganza! resonaba como el clamoreo de una campana de alarma. Bien pronto se turbó su vista, la pasión le estrechaba como en tenazas ardientes; entonces, cual un hombre atacado de vértigo que se arroja en un abismo, el inquisidor tendió ambos brazos adelante, y lanzándose hacia la joven inmóvil, exclamó con voz ronca:

—¡Es preciso!

Dolores dió un grito terrible.

—¡Monseñor!—exclamó José abriendo la puerta de la cárcel.

Pedro Arbués, vuelto en sí por esta súbita aparición, levantó orgullosamente la cabeza, y con aire sombrío é irritado, dijo:

—¿Qué vienes á hacer aquí?

—Monseñor, venía, como vuestra eminencia, á probar de convertir algunos herejes.

—¡Por Cristo! ¿Estás cansado de vivir, cuando me sales así al encuentro?

—Vuestra eminencia desconoce el celo de su más fiel servidor —respondió el favorito con tono de humildad burlesca—; pero el servidor nada tiene que temer de tan buen señor, y José el inquisidor no teme á la Inquisición.

Dolores miraba con sorpresa al joven dominico, quien la indicó que fingiera no conocerle.

—¡Salid!—dijo imperativamente el inquisidor.

—No saldré sin vuestra eminencia— respondió el favorito; —hay rumores de revolución por la ciudad; se habla de conspiración contra vuestra preciosa vida.

—¿De veras?—dijo el inquisidor algo inquieto.

—Muy de veras, monseñor; yo os acompañaré, porque si fuere necesario, esta excelente hoja toledana podría defender á vuestra eminencia —añadió mostrando un puñal afilado que llevaba bajo su escapulario—, es un arma preciosa, monseñor, que jamás venderá á su dueño...— Y al mismo tiempo tocaba con la mano el corte de aquella hoja aguda, triangular y brillante como un espejo. —Venid, pues, monseñor, y nada temais.

Cediendo Pedro Arbués, á pesar suyo, á la influencia de José, á quien en este momento detestaba con todo su corazón, se volvió á acercar á Dolores y le dijo dulcemente:

—Confío encontraros mañana con sentimientos más sumisos, hija mía.

—¡Oh! ¡Yo os odio!—respondió ella volviendo la cabeza con disgusto—; hacedme morir con mi padre, es la única gracia que os pido.

José se llevó al inquisidor, y éste, cerrando los dientes, exclamó con rabia:

—Quiero vengarme de ella. ¿Qué haré yo para dominar ese carácter indomable?

—Monseñor—respondió el favorito—, enviadla al cuarto de la penitencia.

XXII

Tormento del agua.

Difícilmente podría conseguirse una precisa idea de la cólera y contrariedad del inquisidor Arbués, viendo frustradas por una inexplicable fatalidad sus más secretas y mejor urdidas maquinaciones.

A pesar de su fragilidad por José, á quien amaba con toda la tenacidad con que los hombres sin corazón aman al juguete favorito de sus pasiones ó de sus caprichos, no le perdonaba el haberle sorprendido en la prisión de Dolores. No porque adivinase ó comprendiese el interés que su favorito tomaba por esa joven; porque nadie es menos perspicaz que los que están habituados á valerse de la astucia y de la artimaña, y el inquisidor no sospechaba en lo más mínimo de José. Mirábale simplemente como un niño mimado, unas veces imprudente con su amo, y otras lleno de mimos hechiceros que hacían perdonar su audacia; pero no le venía á la imaginación que José, ese hermoso joven, José su criatura, pudiese venderle: y, preciso es confesarlo, el joven dominico le era aún más precioso que Dolores.

(Continuará.)

En Canarias.—Un buen servicio

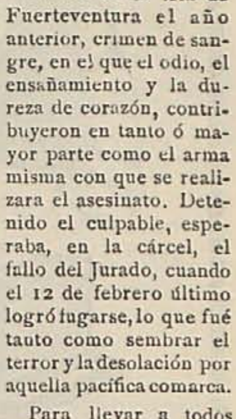
Fueron las paradisiacas islas Canarias las últimas, entre todas las provincias españolas, en disfrutar el beneficio de la Guardia civil; la mezquindad con que aquí se acometen todas las reformas privó á aquella hermosa región de este elemento protector de personas y propiedades, hasta que en 1898, esto es, á los cincuenta y cuatro años de su creación, se asignó para todo el Archipiélago una sola Compañía.

Reducida á tan escaso contingente, ¡qué de ventajas no ha reportado ya, sin embargo, desde que se adoptó ese feliz acuerdo!

Sería sumamente prolijo hacer relación de los servicios de importancia que allí ha prestado, lo mismo en las poblaciones que en el campo y aun en los puertos, impidiendo en éstos emigraciones clandestinas. En nuestro ánimo sólo entra consignar el último realizado por la fuerza del puesto de Arrecife de Lanzarote, la cual no se mantiene ociosa ni se duerme en los laureles, pues ya en 1905 mereció que nos ocupáramos con el aplauso debido, de la captura que hizo de unos monederos falsos, poniéndolos bajo la acción de los Tribunales, así como las pruebas del delito.



El servicio que ahora acaba de prestar es de otra índole más meritorio, si cabe, y revela la variedad de aptitudes de aquel escogido personal para la misión delicada del Instituto.



Un crimen emocionante se había cometido en la isla de Fuerteventura el año anterior, crimen de sangre, en el que el odio, el ensañamiento y la dureza de corazón, contribuyeron en tanto ó mayor parte como el arma misma con que se realizara el asesinato. Detenido el culpable, esperaba, en la cárcel, el fallo del Jurado, cuando el 12 de febrero último logró fugarse, lo que fué tanto como sembrar el terror y la desolación por aquella pacífica comarca.

Para llevar a todos la paz que necesitaban, encontrábase como comandante del puesto el activo sargento D. Antonio Martínez y los no menos diligentes individuos del mismo, cabo D. José Uceda, guardia de primera D. Francisco Galán, y los de segunda D. Blas Bellisco, Don Leandro Esteban y Don Arturo López.

Puestos con incansable celo en persecución del fugado, y venciendo esas dificultades, soportando esos sufrimientos que sólo conocen los que realizan esta clase de servicios, pudieron, al cabo de dos días y medio de constante caminar, derrochando astucia y energía, lograr la captura, que llegaron personalmente á efectuar el mencionado sargento y el guardia López. A los aplausos del vecindario unimos los nuestros, y estas columnas se honran pidiendo una recompensa para quienes tan bien se la han ganado, y estampando en ellas los retratos de los que componen el mencionado puesto.

Gran Relojeria de París.

LUIS THIERRY

Fuencarral, 59.—Madrid.



Hoy todo el mundo puede adquirir las máquinas parlantes, las más perfeccionadas conocidas hasta el día, con sus precios verdaderamente económicos y al alcance de todas las fortunas.

Ofrecemos estas máquinas «Miñonetas», gran sonido – Caja imitación nogal. 20 cm ; bocina redonda de aluminium, largo, 36 cm , diámetro, 25 centímetros, con 4 discos de regalo, **85 ptas** en seis plazos **Nota:** admite también discos grandes.

Idem doble tamaño, igual al dibujo, bocina fantasía, con 4 discos grandes, **150 ptas.**

Idem diafragma gran concert, **200 ptas.**

En 6 y 7 plazos mensuales.

Franco de porte y embalaje hasta la estación más próxima.



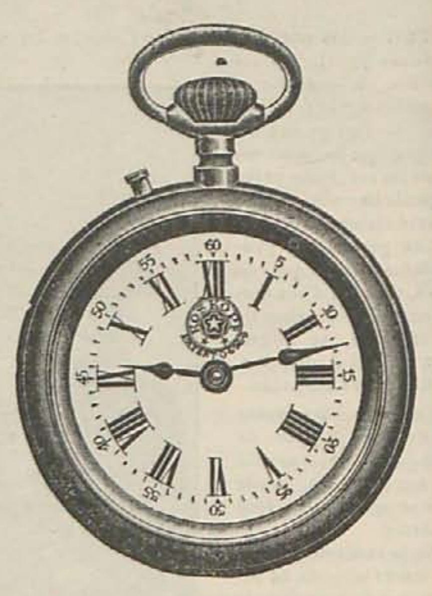
Gran novedad.

En el deseo de complacer á nuestros numerosos parroquianos, hemos conseguido, por medio de las grandes manufacturas *Suiza*, la fabricación del reloj de oro, de señora, que representa nuestro grabado. Es de oro bajo de 7 quilates, en lugar de 18, que es el oro de ley, y sin embargo, no se diferencia del verdadero en su color y belleza, que conserva siempre.

Lo ofrecemos á un precio sumamente barato, teniendo en cuenta además que se trata de un reloj de verdadera fantasía y buena máquina, caja de oro bajo, 7 quilates, guardapolvo interior de metal símil oro.

40 pesetas.

En 4 ó 5 plazos mensuales.



El reloj Roskopf Patent, garantizado.

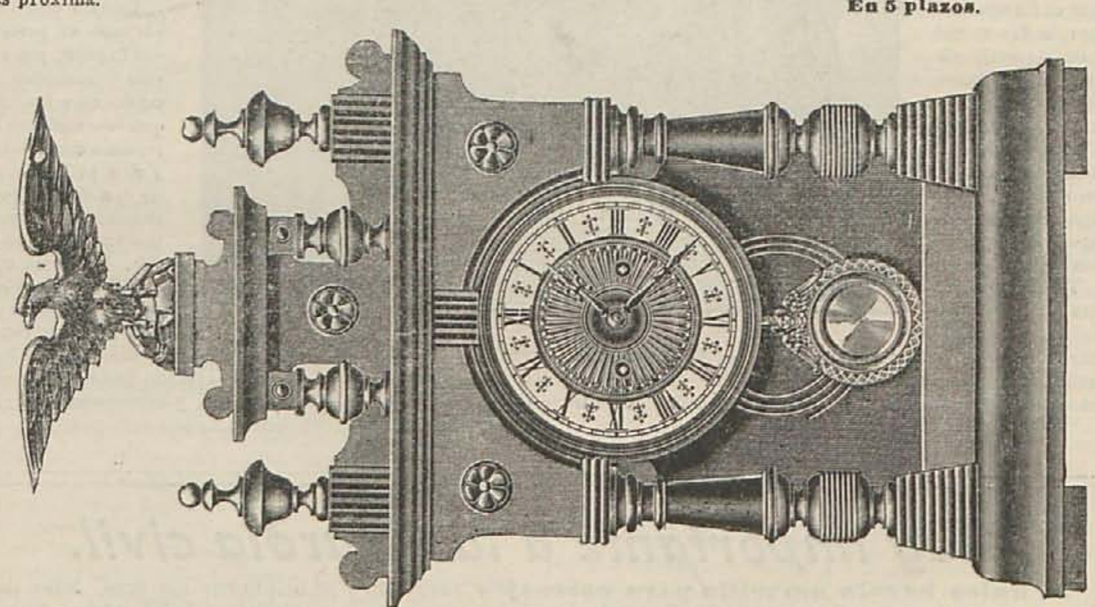
Verdadero y legítimo.

En tapa acero con asa chapeada oro **35 pesetas.**

En níquel puro, mismo precio.

Idem en extraplano, gran novedad, **40 pesetas.**

En 5 plazos.



¡Novedad! EL ELEGANTE

Magnífico reloj de sobremesa; altura, 60 centímetros; madera chapeada nogal; buena máquina, 30 horas cuerda; sonería de horas y medias, con despertador muy fuerte.—**36 pesetas**, franco de porte y embalaje.

En 5 plazos mensuales.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316